

La mala memoria

Carlos Peña G. ** El Mercurio Domingo 20 de noviembre de 2005

¿Habrà prueba de mayor lucidez que la de este anciano que, como un oràculo cansado, habla por todos nosotros y nos recuerda que hemos preferido olvidar?

En medio de las nubes de la edad, Augusto Pinochet ha elaborado una frase notable. De una simpleza desconcertante y sospechosa. ¿Habrà leído a Borges en esos diez minutos diarios que, antes de ser rendido por el sueño, y según propia confesión, acostumbraba dedicar a la lectura?

"No me acuerdo, pero no es cierto. No es cierto, y si fuese cierto, no me acuerdo", dijo cuando el juez le preguntó si dirigía o no la Dina, esa organización que con pericia casi industrial difundió el abuso y esparció el miedo a los cuatro vientos.

Lo imagino pronunciando esa frase como si fuera un murmullo. Alzando levemente los hombros. Con la misma sagacidad cansada de que solía hacer gala cuando tenía la sartén por el mango. Los ojos pequeños, antes una ranura, están ahora redondos, compungidos. El rostro hinchado por los fármacos. Todo en medio de la intemperie y la soledad de los años.

Si las reglas de la lógica contaran a la hora de decidir si alguien está o no en su sano juicio, no habría dudas. Pinochet -ese anciano rapaz y hoy día desvalido- estaría loco de remate. O sería un sofisticado seguidor de Derrida. O de Baudrillard. Alguien a quien le gusta hacer retruécanos. Un posmoderno que cancela de una plumada la idea de que nuestras palabras están atadas a alguna realidad que las excede.

Pero quizá Pinochet haya estado en su momento más lúcido. Tal vez acercándose al final dijo una verdad que nadie pronuncia.

Porque sus palabras describen el dispositivo más íntimo de nuestra convivencia.

Ninguno de nosotros se acuerda demasiado de lo que dejó de ocurrir hace apenas quince años. "No me acuerdo", decimos. Y cuando por los entresijos de la convivencia los recuerdos incómodos anuncian su presencia, los negamos y, así, preferimos no acordarnos. "Y si fuese cierto, no me acuerdo", concluimos.

No hay que sorprenderse. Freud llamó a esos mecanismos represión y negación.

Pinochet dice la verdad: como él, no nos acordamos. Hemos reprimido los recuerdos. Y si nos acordáramos, importa poco. Después de todo, como él, ya hemos decidido negarlos.

¿Habrá entonces prueba de mayor lucidez que la de este anciano que, como un oráculo cansado, habla por todos nosotros y nos recuerda que hemos preferido olvidar?

Por eso digo que parece un personaje de Borges.

En uno de sus cuentos -"Funes el memorioso", para ser más preciso- Borges sugiere que si no pudiésemos olvidar -si nuestra memoria fuese infalible y estuviese amoblada con todos los detalles de lo que hemos vivido- tampoco podríamos pensar. Como Funes.

Después de caer de un caballo, Funes, en vez de perder la memoria y quedar amnésico, que es lo acostumbrado, adquirió una prodigiosa e increíble capacidad de recordar. Recordaba "las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez (...)". Recordaba también todos los libros que había leído, con la misma infausta precisión con que era capaz de recordar las manchas de la pared que había mirado, cuarenta años atrás, en el momento de un despertar triste. Como consecuencia de esa gigantesca y prolija memoria, Funes desconfiaba del lenguaje y de todo lo que con él es posible lograr. Todas las palabras, le parecía, traicionaban la realidad. Desconfiaba, por ejemplo, de la palabra genérica "perro" porque su memoria le enseñaba que el perro de las dos de la tarde, visto de perfil, no era el mismo perro de las seis, visto de frente.

A Funes el memorioso, que cuando cayó del caballo principió a ser perseguido por la infalibilidad de los recuerdos, le era imposible pensar. Porque pensar es olvidar diferencias. Y exige pasar a pérdida las escenas dolorosas.

Quizá por eso -para no ser Funes el memorioso, angustiado por los recuerdos y sus desgraciados detalles de eso que pasó- nosotros hemos decidido olvidar todo, o casi todo.

Como ese anciano que murmura frente al juez. Como Pinochet.

Hemos olvidado las tardes amenazadas por el toque de queda, las medallas recibidas en un cerro mientras sostenían una antorcha en la mano, los dolores de la tortura y las desapariciones, las explicaciones dudosas, las sirenas de los autos en medio de la noche, la retórica tosca de los militares, las apropiaciones audaces, las mentiras dichas una y otra vez, las fotos autografiadas que exhibíamos con orgullo a la entrada del salón, el miedo que algunos sentían, la cobardía de otros, la crueldad de unos cuantos, la indiferencia de los más, los cadáveres que aparecían sorpresivamente, los funcionarios de Odeplan que escribían loas, los cantantes edulcorados que veíamos en las noches frente al televisor, las conferencias de prensa, la indiferencia que sentíamos, los discursos que oíamos en las aulas, las alocuciones mentirosas ante asambleas internacionales, la prepotencia cruel, la censura de prensa, los titulares complacientes, los acuerdos de la transición, la timidez de nuestros profesores, las lecciones falaces que lo justificaban todo, la razón de estado que se invocó tantas veces, las promesas que nunca cumplimos.

De todo eso no nos acordamos.

Para que no retornen, hemos transferido esos recuerdos y toda su carga emotiva hacia apenas dos o tres cosas increíbles y dramáticas -las cuentas del Riggs, cuatro asesinatos crueles, algunos personajes- que nos indignan y nos permiten expiar, de una manera vicaria, todos nuestros pecados.

Mal que nos pese, lo sabemos ahora. No era la violencia el motor de la historia. Era el imprescindible olvido.

*** Vicerrector Académico Universidad Diego Portales*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que corresponda porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

